

Fernando Miguel Pérez Herranz, *Más allá de imperios y de naciones, 1. Rutas, fronteras y complejidad*

Oviedo, Eikasía, 2023, 470 pp. Colección Contemporánea

Fernando Miguel Pérez Herranz, *Más allá de imperios y de naciones, 2. Singularidad imperial: del Mediterráneo al Atlántico*

Oviedo, Eikasía, 2023, 450 pp. Colección Contemporánea

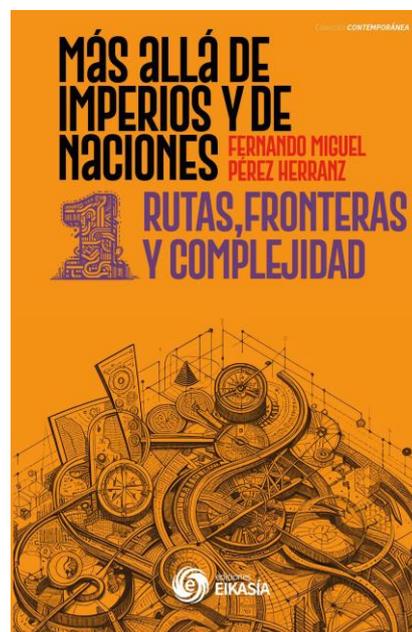
Silverio Sánchez Corredera¹

El proyecto completo de *Más allá de imperios y de naciones* abarca cuatro volúmenes, los dos que hoy reseñamos más otros dos, uno ya editado y el otro próximo a ello.

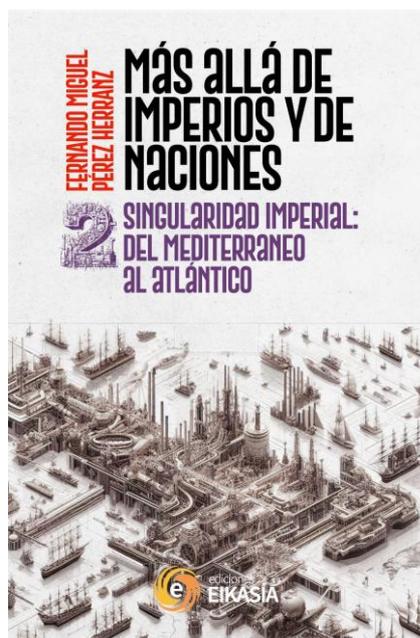
El creador del «morfologismo filosófico» arroja, en los dos primeros volúmenes, una potente enmienda a los últimos siglos europeos, en los que desde las cruzadas asistimos a la conformación de las naciones europeas y, tras el descubrimiento de América, a la constitución de algunas de estas naciones en imperios.

En Fernando Miguel Pérez Herranz encontramos una de las ramas de los discípulos de Gustavo Bueno —de quien en este 2024 conmemoramos el centenario de su nacimiento—. Pero es una rama desgajada del árbol y con florecimiento propio. Un nuevo árbol. El filósofo abulense impugna, de modo patente, la filosofía de la historia y la teoría política del «materialismo filosófico», incluyendo sus tesis sobre el lugar de España en el mundo, muy distante de *España frente a Europa* (1999).

Antes de *Más allá de imperios y de naciones*, ya había allanado el terreno sobre su nueva visión histórica en *Lindos y tornadizos* (2016) y ya había construido una ontología donde anclarse, en *Ambiguus Proteus* (2019). Su nueva obra histórica, que recuerda a



¹ Una reseña similar, más abreviada, sobre *Más allá de imperios y de naciones* ha sido publicada en: Silverio Sánchez Corredera, «Pérez Herranz, la Historia no es un cuento», en *Cultura*, suplemento de *La Nueva España*, n.º 1479, jueves 6 de junio de 2024, p. 6.



los esfuerzos llevados a cabo por Oswald Spengler (1880-1936) —en *La decadencia de Occidente*—, tiene una extensión de unas mil ochocientas páginas. Y si la extensión impresiona, los aspectos intensionales, los datos que se remueven o que se dan a conocer, las nuevas formas de leer la historia, los juicios de valor sobre la «civilización europea» —opuestos al dictamen común— y la introducción de criterios filosóficos de alcance estructurador como son las «cuatro hipercategorías» históricas que postula para clarificar la esencia de los fenómenos históricos: las *Rutas*, *Fronteras*, *Singularidades* y la *Complejidad*.

Pérez Herranz se enfrenta a la visión lineal en la que inconscientemente operamos, según el modelo marcado por san Agustín y que llegaría secularizado a Hegel. En el alemán se encomendaba a una «cultura nacional» el caudillaje de la historia y en el obispo de Hipona quedaba confiada a la «ciudad de Dios». En la actualidad ese lugar síntesis de lo divino y lo humano lo justificamos como progreso y lo llamamos *civilización*.

En lugar de ese vector unificador y determinista, Herranz reconoce líneas históricas que marcan una impronta duradera, como fueron el Imperio romano y luego el Sacro Imperio, y, tras el descubrimiento de América, el Imperio hispánico (hispano-luso), relevado sucesivamente por los imperios neerlandés, francés y británico...

Ahora bien, esos modelos no se sustentan en virtud de ninguna esencia nacionalista sino por las relaciones sociales que se llevan a cabo, a través de *rutas* determinadas y de *fronteras* que se van delimitando. El *homo viator* establece rutas como la de los polinesios en las islas del Pacífico, la de los fenicios o la «ruta americana». Y las fronteras, como contrapunto de las rutas, resultado de los repartos territoriales que el poder político en pugna consigue solidificar. Las fronteras implican el tenso enfrentamiento entre naciones, a las que hay que añadir polarizaciones lingüísticas que son también fronteras, que separan la iglesia oriental griega de la iglesia occidental latina, o fronteras religiosas entre el cristianismo y el islam, o que distinguen entre puros e impuros: entre cristianos viejos y tornadizos...

Los imperios y las naciones son protagonistas esenciales pero no los encontramos hechos o puros sino haciéndose. Y transformándose de imperios en naciones y viceversa. Herranz defiende que, junto con el entramado de rutas y fronteras establecidas, son determinantes ciertas singularidades históricas, como la salida de los hebreos de Egipto guiados por Moisés, el saqueo de Roma por Alarico I (410), la toma de Constantinopla por los turcos (1453), el descubrimiento de América (1492) o la Revolución francesa (1789)... Es preciso detectar qué acontecimientos tuvieron potencial para abrir una *bifurcación*, en un contexto político dado, para integrar o segregar instituciones, creencias y valores, y de este modo, favorecer o perjudicar determinadas líneas de forja de imperios o para constituir naciones singulares. Las posibilidades abiertas contienen una enorme *complejidad*. Las Rutas, las Fronteras, las Singularidades y la Complejidad son, de este modo, las hipercategorías históricas que le sirven para desvelar los desarrollos históricos efectivos y donde habrían de encauzarse las «categorías» que los historiadores habitualmente manejan en tanto científicos.

Con este instrumental conceptual, se propone analizar el papel que Europa ha jugado en el mundo y, dentro de ella, el singular papel de España. Si Bueno entendía a España «frente» a Europa, el autor de *Más allá de imperios y de naciones* muestra que España se construyó siempre desde Europa, y esta, en gran medida, desde aquella.

El estudio se detiene en recorrer las principales vías históricas que llevaron a Europa a conseguir el «cierre antropológico de la Tierra». Aunque no haya una historia única, sí se ha producido ese fenómeno envolvente global, pero sería erróneo interpretarlo como la consecuencia del progreso o como el éxito de la civilización. Muy al contrario, nuestro filósofo muestra que las consecuencias de las premisas desplegadas en los últimos siglos —desde la primera cruzada en 1096 hasta 1945—, al compás de la forja de los imperios europeos y de sus naciones, han llevado a una catástrofe de enormes dimensiones, de las que aún no hemos salido. La primera guerra mundial, liderada por Francia, Inglaterra y Alemania y después la segunda y el genocidio que acompañó, abanderado por Alemania, no se gestó hace unas décadas sino en todo un proceso de medio y largo alcance.

Todos los países se afanan por lustrar sus glorias nacionales, mediante leyendas negras arrojadas sobre otros, pero lo que hay que reconocer es que Europa en su

conjunto talló una verdadera *historia negra*. El cúmulo de casos que analiza es espeluznante y representa un chorro de luz sobre el problema. Los motivos del orgullo identitario nacional se vuelven muy difíciles de mantener en toda su consistencia. No es que sea impertinente presumir de estas o aquellas aportaciones, en el contexto de los distintos países y culturas, pero su mérito histórico, es preciso dejarlo claro, no procede de las ideologías nacionalistas: involucradas en leyendas negras arrojadas sobre los otros y empeñadas en mitologías fantasiosas de autojustificación.

Y en este contexto es preciso entender la historia de España sin tópicos imperiofóbicos y sin simplificaciones imperiofílicas, y alejarse lo más posible de visiones ideologizadas, porque la leyenda negra —que sin duda fue un arma para el enemigo— sirve también como alimento populista o como añoranza nacional-católica, o sea, para la historia como mito.

Estamos ante una obra histórica, que trabaja con las reliquias y relatos estándares del quehacer del historiador, pero en cuanto filosofía de la historia se ocupa de localizar los sentidos profundos que explican el devenir de las naciones y de los imperios europeos, conscientes de estar anclados en una parte del mundo, mundo que ha sido globalizado por Europa: a través del «cierre antropológico de la Tierra». De esta manera no solo se ordenan los fenómenos históricos una vez más, afinando o reconstruyendo lo ya hecho, sino que se procede a una crítica de las mitologías y de las ideologías subyacentes que acompañan a los procesos materiales que realmente determinan la historia (rutas, fronteras, singularidades y complejidad), de las que el historiador y el ciudadano del presente ha de tomar conciencia para llevar a cabo un ejercicio de distanciamiento crítico, es decir para no ser engañados ni por troyanos ni por troyanos y para retomar —en la medida de lo posible— las riendas de un futuro que será, como el pasado, caótico.